

III. MUSICA MEXICANA

Factores que favorecieron su producción.

El siglo XIX se inicia en plena tonadilla escénica en las ciudades, trascendiendo hacia el campo difundida por arrieros, comerciantes, hacendados y ganaderos, quienes, por urgencia de sus oficios y negocios, se trasladaban a la capital del Virreinato. Ya desde finales del XVIII se hallan en los archivos de la Inquisición procesos contra individuos que ejecutan sones, canciones y bailes escandalosos y picarescos, así como severas prohibiciones. Mas estas circunstancias indican en sí mismas la prolifera abundancia de este género que el pueblo, lo mismo en el campo que en la ciudad, practicaba en forma de canto y baile.

El puerto de Veracruz, a lo largo de los tres siglos de coloniaje, como entrada al país de todo género de importaciones peninsulares, se convirtió en almacigo de música llegada en labios de los inmigrantes que periódicamente desembarcaba el galeón de España.

Por el lado del Pacífico, la armada encargada de vigilar las costas contra piratas y de proteger la nao de China, recorría los mares del sur llevando y trayendo individuos de Valparaíso, Chile, a Panamá, y de este puerto a San Francisco, California, con escala obligada en Acapulco; de este modo hubo aportaciones musicales de los países del continente austral.

Otro factor decisivo en la transmisión de música y canto entre las diversas regiones del país fueron las ferias comerciales, a las que concurrían traficantes de todos los rumbos. En ellas, además de las ceremonias religiosas frecuentemente anexas, había toda clase de diversiones: juegos de naipes, peleas de gallos, corridas de toros, loterías, teatro, circo, etc., etc., en donde se imponía el uso de músicos, cantadores y bailadores que aportaban producciones novedosas surgidas en sus lugares de origen.

Todo este movimiento intensivo indica la presencia de individuos de las diversas castas existentes, las que al mezclarse iban produciendo el tipo medio del mexicano que la nacionalidad en gestación estaba a punto de hacer brotar. Al sobrevenir el periodo de agitación de las guerras de Independencia, en lugar de matar las manifestaciones musicales las puso en juego de una manera más viva y eficiente.

En medio del ir y venir de tropas y al enfrentarse peninsulares, criollos y mestizos, hizo su aparición la música mexicana: primero, como asimilación de los diversos géneros literarios y musicales heredados de España; segundo, como producto de la inquietud por definirse de un pueblo, niño entonces y largo tiempo subyugado, y tercero, como mezcla y amalgama de los elementos heterogéneos que se conjugaban para hacer posible la nacionalidad.

No todas estas fuerzas en acción lograron de pronto y en un solo impulso su expresión musical, sino que ésta se ha ido modelando a través de la última centuria, y se han necesitado los sacudimientos revolucionarios de este siglo para que mejor se perfilara la cultura musical del pueblo mexicano. Lo evidente es que las formas y elementos hispánicos se han ido modificando paulatinamente, perdiendo sus perfiles y acentos, sus características netas, para adquirir sentido y lineamientos nuevos, nueva expresión y apariencia, que es lo que distingue justamente a la música mexicana.

1. PRIMEROS SONECITOS.

No bien terminaba la décimoctava centuria cuando, por necesidades del espectáculo, los asentistas del Coliseo de México, imitando lo que acontecía en la metrópoli en donde la tonadilla escénica lograba la más genuina y auténtica representación del pueblo español con la introducción de cantos, bailes y tipos regionales, recurrieron al mismo procedimiento haciendo actuar en el escenario a indios, negros y mestizos al lado de naranjeras, currutacas, petimetres y usías, del mismo modo que en las loas religiosas se les hacía aparecer; es decir, se dió personalidad y validez a los elementos vivos del país que formaban el sector más numeroso.

En labios de estos individuos penetraron al teatro los *sonecitos regionales*: “La bamba”, “La chupicuaracua”, “El bejuquito”, “El churripampli”, “La indita valerosa”, “El fiscalito”, “La patera”, “Los negritos”, etc., etc., actuando al lado de “Los bergantines”, “Los perejiles”, “La cazadora”, “El zuá” y “La lloviznita”, y de tal manera